

(Re)pensando la sexualidad: experiencias en Casa Arbol

(Re)thinking monogamy: Casa Arbol experiences

Víctor Abraham Torres Díaz
victortorres1301@gmail.com

Licenciatura en Comunicación Pública
Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades

Recibido: diciembre de 2015
Aceptado: febrero de 2016



Un suspiro enlazó la conexión de amistad entre nosotros dos cuando estábamos entusiasmados de asistir a Casa Arvol. El sol se encontraba en éxtasis y las hojas secas corrían en el parque El Refugio, un parque ubicado en cerca del templo con el mismo nombre, en el corazón de la ciudad de Guadalajara. Nos saludamos con efusión y caminamos con incertidumbre, pues no sabíamos la dirección exacta del recinto al que íbamos a asistir. Mientras vimos las placas azuladas que indicaban el nombre de la calle y recorríamos las cuadras con las casas pintorescas y antiguas, típicas del barrio cercano al Santuario, nos mofamos de tópicos banales. Después de unos minutos, cuando el viento había comenzado a soplar con más libertad, un vecino, estudiante de filosofía que llevaba puesta ropa descuidada, nos guió hacia las jornadas: Sexo & Diversidad.

La fachada de Casa Arvol estaba descuidada, la pintura caída y hacía falta resanarla completamente. Cuando entramos, observamos un pintarrón con recados y frases de inspiración que se encontraba del lado derecho del pasillo, muchas de ellas evocando el espíritu libre, que después pudimos ver manifiesto en el recinto, principalmente con sus ocupantes. Mientras tanto, sujetos con ropas de telas naturales, joyas típicas y aspecto extravagante, entraban y salían del recinto, pero nosotros, curiosos, estábamos dispuestos a pasar toda la tarde en aquella exposición, dentro de Casa Arvol.

También vimos el cabello corto en las mujeres y el cabello largo en hombres, el vello axilar en las féminas y de algunos de los participantes. Mi amiga y yo entramos a la cocina comunal (un espacio en donde se cocina para todos y pensando en las necesidades de todos) para preguntar acerca de las actividades que iban a

realizarse. Una chica contestó con amabilidad, afirmando la hora de inicio de las mismas. En el patio central de la casa ya se encontraban personas realizando dinámicas de reconocimiento personal, que consistían en pasar las manos y los pies dentro de un orificio que hacía el otro con su cuerpo. Mi amiga, entusiasta a actividades novedosas, comenzó a jugar junto a una chica andrógina, cuyo cabello corto y vellos largos pasaba de ser percibido en ese espacio de refugio. Mientras jugábamos a esa extraña dinámica de pasar cerca del otro sin tocarnos, pude notar que ninguna llevaba puesta ropa interior: debajo de sus blusas de tejidos naturales se asomaban pezones, vellos, labios. No eran escondidos ni exhibidos, simplemente existían de forma natural. Después, nosotros dos, junto a otras seis personas, asimilábamos ser un medio de transporte y recorríamos la fuente que adornaba el centro de Casa Arvol, tomados de la mano.

Una media hora más tarde y con más integrantes, subimos a la azotea del lugar para realizar una dinámica antes de que comenzaran las actividades oficiales de las jornadas. Esta vez el acento europeo se hizo tangible en un par de jóvenes, ambas españolas, que coordinaban la dinámica de teatro social, más específico: teatro del oprimido. Aunque ni mi amiga ni yo teníamos conocimiento de las artes teatrales, la apuesta era bastante explícita: debíamos representar una situación de opresión o de abuso (en el marco de la Jornada, se trataba de opresión de género) y una posible prospección teatral que solucionara dicha situación. El grupo se dividió en dos y cada uno debía presentar un caso hipotético donde consideraban que había un acto de opresión. En uno de los grupos, se decidió presentar la función que tiene la sociedad como forjador de identidades sobre lo que es femenino y lo que es masculino, además de



poner a la naturaleza derrotada, ya que querían hacer énfasis en que los individuos de expresarse como quieren. El otro grupo presentó la situación en que una mujer es acosada por un par de policías y la presencia de una anciana que nunca hace nada por ayudar.

Aunque resultó incómodo para nosotros dos, bastante ineptos en las artes de la actuación, nos dimos cuenta de que el teatro del oprimido podría ayudar a bastantes personas a reconocer situaciones de abuso cotidianas y posibles soluciones. Nos preguntamos por qué no hacían nada de esto en los institutos municipales de la ciudad que buscaban proteger a la mujer. Actuar o representar a veces podría ser más efectivo que un aburrido panfleto, me dijo mi amiga. No podía haberle dado más la razón.

Sin embargo, durante la actividad experimentamos algo que también era tangible en la esfera pública, afuera de Casa Arvol. Al intentar postular una idea para cambiar la opresión de las autoridades (policías) hacia la mujer, uno de los participantes, un joven con lentes de sol y ojos verdes, expresó que el acoso era algo deseado por la mujer y que la única forma de solucionarlo era aceptándolo. Su visión, a los ojos de nuestras interlocutoras españolas, le costó salir del grupo, a petición de ambas. “Coño, que yo no entiendo”, nos decían, impresionadas, de cómo a veces el machismo podía colarse a espacios como ese, como Casa Arvol.

Posteriormente, todos fuimos llamados a reunirnos en una sala grande y bien iluminada, ya que iba a dar comienzo la siguiente actividad. La charla comenzó con un análisis de la pornografía y la experiencia de visualizarla de forma grupal fue bastante enriquecedora. En un ambiente seguro y crítico, abandonado de prejuicios y

donde más bien predominaba la diversidad, pudimos ver desde el más típico porno comercial (heterosexual, gay y lésbico), hasta el amateur. Conversamos y analizamos el hentai, el sado-masoquismo y el pornoterrorismo. La última categoría resultó un gran tema de conversación, ya que esta propuesta, denominada así por la “performancera” y escritora española Diana Torres, buscaba precisamente lo mismo que las Jornadas en Casa Arvol: romper tabúes, reconocer la disidencia sexual, aceptar la diversidad y desbaratar la doble moral.

Para poder hacer el análisis, los coordinadores establecieron algunas preguntas y reunieron a las personas en pequeños grupos para realizar un pequeño ensayo acerca de lo que se había visto. Algunas mujeres aceptaban públicamente que consumían pornografía y de esa manera postulaban sus ideas acerca de cómo se concebía el porno y sus posibles consecuencias. Otras personas afirmaban ser asexuales y jamás consumir pornografía. Los encargados de la actividad reunieron a las personas para compartir las conclusiones y se finalizó con una idea generalizada sobre la pornografía, que proponía una nueva forma de crear y concebir contenidos, alejada de los prejuicios y los estereotipos, más orientadas a la igualdad, al goce y a la diversidad.

Estaba anocheciendo ya, después de una breve recapitulación y las jornadas se dieron por finalizadas, salimos todos a tomar aire al patio central de Casa Arvol y se invitó a la personas a participar a la segunda parte de las jornadas: “Repensando la monogamia”. Volvimos al salón y hubo una sesión de masajes entre los participantes, que consistió en repetir lo que la persona que se encontraba detrás hacía y se puso música de fondo para ayudar a relajar. En algún momento, podías improvisar y en cuestión



de tiempo llegaba lo que realizaste. En la segunda ocasión que se realizó la sesión, se optó por cambiar de actividad, que consistía en reconocer el cuerpo del otro. Para ello, se vendaron los ojos de la mitad del grupo y los que tenían la vista libre, escogían a uno de los vendados para reconocer su cuerpo. Así sucedió, mientras se puso música de fondo para hacer la actividad más amena. En la segunda fase, hubo un cambio de vendas y se escogieron personas diferentes para dicho reconocimiento.

Aunque de forma superficial podría interpretarse la actividad como una mera excusa para establecer contacto físico, fue bastante claro que en ese lugar la corporalidad fue aceptada y promovida. Esto es un fenómeno aislado: normalmente salimos de nuestras casas a un mundo de distancias y espacios personales. Nos cuidamos de que no nos toquen sin nuestro permiso y rechazamos las demostraciones afectivas públicas a nuestro alrededor. En Casa Arvol no sólo comprendimos que las distancias de los cuerpos son construidas y aprendidas, sino que la sexualidad prevalece en todas las dimensiones (públicas y privadas) de nuestras vidas y que no sólo se manifiestan con actos como el coito o la pornografía, sino también en la cercanía o lejanía que establecemos con los sujetos, en el cómo cubrimos nuestros cuerpos, en nuestras similitudes y diferencias con el otro género, en el cómo percibimos el abuso o la opresión, en cómo reconocemos en lo público nuestros consumos y necesidades y muchos otros microfenómenos sociales.

Nota del autor: Casa Arvol fue una organización (a falta de mejor nombre) instalada en una casa antigua de la zona tradicional de Guadalajara, muy cercana al Santuario, donde hoy día ni se venden medicamentos y menos aún se promueven activi-

dades culturales. Fue organizada y gestionada con el propósito de promover la economía solidaria, el veganismo, la creación de contenidos como fanzines, el fomento de talleres culturales como música, danza, fabricaciones artesanales y yoga, entre muchas otras actividades.

